

Milton Rossel

Un novelista psicólogo: Eduardo Barrios



HILE, con sus tierras ásperas que se abren en exíguos valles verdeantes o en el cristal azul de los lagos, es patria para las voluntades hazañosas que han de porfiar para arrancar a sus entrañas, sus riquezas. Por eso, quienes la han habitado, aborígenes y conquistadores, han endurecido el músculo en afán constante de lucha, y han disciplinado el espíritu en la visión de la realidad concreta y circundante, atentos a los problemas de la tierra. La sangre araucana, de prosapia marcial, mezclada con la mejor de España, ha terminado un tipo racial de recia conformación para el esfuerzo ingrato. Y si consideramos nuestra primera orientación educacional, moldeada en disciplinas jurídicas y gramaticales, fácil es concluir que somos un pueblo más apegado a las realidades prácticas que a la evasión de la fantasía. Junto a la manquera, hemos vivido manejando el arado que horada la tierra, o dispuestos a encender la dinamita que tritura la roca.

Si estimamos que el arte es la expresión del alma de un pueblo, encontramos que él en su aspecto más genuino y característico—la novela y el cuento— se ha amamantado de este mismo espíritu realista y objetivo. La historia, que se nutre de hechos verídicos, ha tenido en nosotros apasionados y excelentes cultivadores, seguramente atraídos por el deseo de revelar realidades caducas.

Los novelistas y cuentistas del siglo XIX y los del presente, tienen como característica específica el enfocar la vida desde un plano de observación de hechos tangibles. Ha sido el campo y la ciudad, con sus habitantes genuinos y sus problemas propios, el venero de donde han extraído los ingredientes de sus obras. Desde Blest Gana hasta Mariano Latorre, nuestros novelistas y cuentistas se afincan en la realidad humana y tratan de dar una visión justa y exacta del paisaje y de las cosas. Sólo excepcionalmente encontramos novelistas y cuentistas para quienes el aspecto externo de la vida es secundario, pues les interesa más ahondar en las profundidades del alma o escaparse de la realidad inmediata. Uno de ellos es Eduardo Barrios, a quien deseo destacar en estas palabras como novelista psicólogo.

Lo fundamental en las novelas de este escritor es la disección que en ellas hace del alma humana. El revelarnos las inquietudes que se suscitan en lo íntimo del ser. Bien comprendemos que una literatura de tal naturaleza no es la expresión de lo vernacular y autén-

tico de un pueblo, porque los estados psicológicos más diversos se dan en todas las latitudes. Pero no podemos negar tampoco que es el hombre con sus complejos problemas inherentes, lo que más interesa al hombre.

No hay, pues, en la obra de Eduardo Barrios nada que sea substantivamente chileno, salvo algunas páginas de «Un perdido», que son a manera de telón de fondo para resaltar y enfocar con mayor viso de verosimilitud la psicología relevante del personaje central. Encontramos realizada en las novelas de Barrios la sollicitación categórica de Ortega y Gasset formulada mucho después de la aparición de la última obra del escritor chileno, de que «el imperativo de la novela es la autopsia». Ambos son espíritus auténticamente europeos nutridos de una misma cultura sin fronteras. Barrios es el trasplantado en América, y Ortega y Gasset en España.

La sangre alemana que en proporción elevada reconoce Barrios haber recibido por el lado materno, determinó su conformación anímica. De su abuelo materno—papá Juan de «Un perdido»—heredó la sentimentalidad pronta a la elevación romántica de los compatriotas de Werther, sofrenada en él por el imperio de la autocrítica, y el análisis concentrado y minucioso de los germanos que viven enclaustrados en su orgulloso yo. Su misma vida, en su infancia y adolescencia, en medio de alteraciones bruscas del ambiente, mortificaron su espíritu sensible y formaron su voluntad en un constante mirarse a sí mismo. Un introvertido para

emplear el término Jung. Debido a la variedad de actividades que ha desarrollado en su existencia, posee Barrios un acervo de ricas experiencias: cadete militar, expedicionario a las gómeras en las montañas del Perú, catador de minas, levantador de pesas en un circo, empleado en las salitreras, vendedor en Buenos Aires y Montevideo, empleado público en la burocracia inferior, Jefe de Repartición, Ministro de Estado, agricultor . . . pero este bregar constante requerido por necesidades vitales, no anuló al sentimental que se entregara apasionadamente a la mujer para que calmase sus ansias de ideal y le aliviara la jornada. Macerado su espíritu en la lucha, la vida le dió su mejor enseñanza. Siempre ha caminado, repechando cuesta arriba. ¿Ha alcanzado la cima? Quizá. Ha obtenido momentos de plenitud que le han compensado sus esfuerzos, cuando fué Director General de Bibliotecas y Ministro de Estado, y cuando la crítica americana y española le prodigó juicios consagratorios por su obra maestra «El hermano asno».

Esas experiencias que fueron aconchándose en el fondo de su conciencia, afloraron en obra literaria al menor requerimiento de su imaginación creadora, porque Eduardo Barrios es antes que nada un intuitivo, para quien «hacer literatura es evadirse de la realidad vulgar», según propia confesión. Para escribir no ha necesitado del dato y de la observación inmediatos. Le ha bastado aflorar a la conciencia los hechos humanos arrumbados en el desván de lo subconsciente. Por

eso en todas sus obras palpitan trozos de su propia vida. «Cada obra mía responde a una siembra que la vida realizó en mí», dice en página autobiográfica.

A pesar de que «El niño que enloqueció de amor» no es su primera obra, esta obra le dió el espaldarazo que lo armó caballero de las letras. Leyéndola asistimos al desarrollo de un precoz drama sentimental, un niño hiperestesiado se enamora de una mujer ya madura; él nos lo va diciendo en el diario de su vida, donde el drama se intensifica momento a momento hasta culminar en la tragedia, pues el muchacho, enloquecido, naufraga inmerso en la inconsciencia más absoluta. La precocidad del niño justifica muchas escenas propias de adultos; pero que están dentro de lo verosímil y aun encuentran explicación sin mucho apurar las doctrinas freudianas de la libidine. Aquella de los celos, por ejemplo.

Hay en este libro de Barrios una consonancia perfecta entre el contenido vital y su expresión literaria; pureza en el estilo, y frases de suave cadencia que le dan a la prosa un tono sentimental. Su conocimiento de la psicología infantil, le permitió encontrar la expresión adecuada a la capacidad para redactar al precoz.

Junto con «El niño que enloqueció de amor» publicó la novela «¡Pobre feo!». La observación de las flaquezas humanas aparece en esta novela exaltada por la tragedia del hombre que ha de trizar su dicha, porque su extraordinaria fealdad le impide la plenitud

sentimental. Acaso a veces la tragedia se torna burda por el humorismo un tanto cruel que fluye del relato.

Mientras maduraba sus mejores obras, Eduardo Barrios llevaba a la escena sus observaciones sobre las vidas opacas de la clase media y del empleado modesto; pequeñas tragedias «en voz baja» de los que tienen la dignidad de ocultar su dolor. «Vivir» y «Lo que niega la vida», son dos obras teatrales en que atisba las pasiones cotidianas de un mundo pequeño.

Su acuciosidad tudesca iba mientras tanto reviviendo en el papel los más amplios trozos de su vida de niño y de adolescente, recuerdos de su abuelo materno, pintura del ambiente militar y encanallecido de Iquique, evocación de su vida de cadete en la Escuela Militar, la miseria de la bohemia trashumante, la mezquindad burocrática, etc. Así surgió a la vida literaria la existencia de «Un perdido», de Lucho Bernal. «No soy yo, por supuesto, ese Lucho Bernal —ha escrito Barrios—. Algunos han dado en suponer que «Un perdido» es una novela autobiográfica. Falso. Yo lo acepto como un elogio: tal creencia me dice que la ficción convence. Pero hay en esa novela mucho vivido; aunque todo se adaptó, se combinó con lo observado en otros, se amalgamó con elementos que dieran resultados sintéticos y representativos, que especificaran individualidades y diesen cristales de psicología de ambiente, de arte, en fin».

A pesar de que en «Un perdido» palpita la vida con todo su vigoroso realismo, no es la pintura del

mundo externo el nervio trascendente de esta novela. Es la disección del alma abúlica y de la sensibilidad hiperestesiada de Lucho Bernales, su complejo de timidez manifestado en la acción novelesca, lo que da relieve perdurable a esta obra. Nace Lucho Bernales desarmado para bregar; hijo tardío de un matrimonio mal avenido cuando el desamor se insinuaba trágico, encuentra en el abuelo materno, «Papá Juan», la comprensión cordial. Pero su destino ha de caer bajo el signo paterno, un coronel de ejército de guarnición en Iquique; hombre de vida disipada y de sentimientos plebeyos, no podría éste comprender la sentimentalidad sensitiva de su hijo. Y surge del alma del muchacho la tragedia por la incomprensión paternal. Hace también Lucho Bernales vida de cuartel; se encariña con la oficialidad joven que lo lleva a divertirse a casas de prostitución. «Los tímidos—inferiores dice Marañón—consideran el amor como una fortaleza inexpugnable para sus pobres fuerzas». Por eso, se refugiará en una mujer cualquiera. Entre esos oficiales con quienes convive Lucho Bernales, hay uno, el teniente Blanco, que identifica el alma dolorida del muchacho, y le hace su confidente. Lucho Bernales se entrega a él, porque en el teniente Blanco aparece, reencarnada, la nobleza de Papá Juan. Su padre dispone su ingreso a la Escuela Militar. Y nuevamente Lucho Bernales, alma nostálgica y tímida, no puede adaptarse a la disciplina rigurosa del ambiente, y obtiene su baja. Nada más incompatible con la senti-

mentalidad exacerbada que el régimen cuartelario. Ya la vida lo sumerge en su torbellino cenagoso; y de caída en caída, se pierde en el tumulto de los que nacen desarmados para vencer, porque su complejidad anímica no les endureció la voluntad, ni supieron acordar su mundo interior al mundo de las realidades objetivas. A Lucho Bernalles podemos aplicarle el diagnóstico que Marañón hizo a Amiel: «un hombre frustrado por el cáncer de la timidez, una de las plagas que ha arrojado fuera de la normalidad social a mayor número de varones bien dotados»

Densa de incidentes y de observaciones, profundos y sutiles algunos, triviales otros, el relato novelesco deriva, a veces, en lo folletinesco y truculento. El excesivo refinamiento literario del estilo, distrae, en algunas páginas al lector del contenido esencial. Debemos destacar la pintura de los ambientes—el de Iquique y el de la Escuela Militar, en particular—, porque son de tal colorido plástico y vivido que suscita en el lector la virtud de trasladarle imaginativamente a esos medios, fundiéndose con los personajes novelescos. La cualidad señera de esta novela es la anatomización que hace Barrios de las almas de Papá Juan, Lucho Bernalles y teniente Blanco; allí se revela como un psicoanalítico que deduce de los detalles aparentemente insignificantes caracterizaciones psicológicas inconfundibles, adelantándose, mediante el poder de su intuición, a las sistematizaciones formuladas por hombres de ciencia. Como Dostoiewski, Barrios ha sabido

novelar la compleja y contradictoria psicología del adolescente.

Muerto el niño que enloqueció de amor, perdido irremisiblemente Lucho Bernales, quedan en el fondo del espíritu de Barrios emociones vividas que permanecen inéditas. El creador sobrevive a los hijos de su ficción. Ha vencido al amor y a la incomprensión paternal; ha templado su sentimentalidad; se ha enfrentado con la vida y, triunfador, no la teme ya. Los años han nevado sus sienes, y a las amarguras de los hombres, responde con una sonrisa de piedad. Se torna escéptico como única postura digna frente a los aplebeyamientos. Un último descalabro sentimental lo ha refugiado en la existencia simple de los que siguen las huellas del Pobrecito de Asis. Se ha hecho fraile franciscano. Así nace «El Hermano Asno», autobiografía de Fray Lázaro. En este personaje de su ficción apuntan, como en los principales de sus otras novelas, rasgos anímicos del propio Barrios. Fray Lázaro va anotando en su diario íntimo todos los aspectos de la vida conventual; y, por sobre todos ellos, los resabios de su amor frustrado. A pesar de que deseó hacerse fraile menor de la Orden de San Francisco, el mundo de los placeres lo solicita con sus seducciones falaces. María Mercedes vive en sus recuerdos torturándolo. Y surge sordamente el drama interior. Carece de inocencia y simplicidad. No llegará nunca a ser un buen fraile franciscano. Parece más discípulo de Renán, que devoto del Pastor de Umbría. «No soy inocente,

no soy ingenuo—anota en su diario.—La inocencia es un vacío defendido por el velo de la ingenuidad; y las vicisitudes rasgan ese velo, nos hacen receptivos, y el vacío se llena de conocimiento. El conocimiento conduce a la claridad; pero a la plenitud francisca, a la Gracia, nunca». Y como tiene el espíritu agudizado por la introinspección, fácil le es adentrar en el alma de sus hermanos y revelarnos sus secretos designios, tal un cirujano que vivisecciona implacable. Como su antítesis, nos da a conocer el espíritu de fray Rufino, encendido de misticismo y de pasión franciscana, quien ha alcanzado la Gracia por el camino de la ingenuidad y la simpleza. Mas, como un envión de su vitalidad, el hermano asno, nombre que San Francisco daba al instinto sexual, le flagela el alma. Se ha hecho ya famoso por sus milagros y es el orgullo de la Orden. Pero el hermano asno, agazapado, irrumpe de pronto en Fray Rufino, violento e incontenible, en una grotesca escena de violación y muere en medio de convulsiones espamódicas. Por el prestigio de la Orden y por la santidad reconocida de Fray Rufino, se guarda sobre la actitud de este absoluto silencio. Es el espíritu mundano de Fray Lázaro quien debe sobrellevar la caída deleznable del seráfico franciscano poseído por el hermano asno.

Este conflicto pasional de dos almas disímiles, está enmarcado en el ambiente sedante de un colonial convento franciscano. El turbión de las almas no se remansa en la quietud de los viejos claustros. ¡Qué po-

der de evocación el de Barrios al trasladarnos al interior del convento! ¡Cómo nos sentimos inundados de esa paz franciscana que no alcanzó Fray Lázaro y que nimbó de santidad a Fray Rufino!

El estilo de Eduardo Barrios adquiere en este libro la sencillez, gracia y transparencia que conviene a las almas y al ambiente. Se ha valido de frases breves y de palabras cotidianas, para darle a su prosa un tono menor de confianza y de serenidad propio de un claustro, convirtiendo el drama silencioso de fray Lázaro en un discreto susurro de confesión.

Como anverso de estas almas disciplinadas en la meditación y el silencio, nos entrega Barrios la confesión de un pobre muchacho a quien la miseria hace dependiente de una empresa de pompas fúnebres. Encontramos en «Páginas de un pobre diablo» ese mismo espíritu suyo de atisbar la realidad en sus detalles más leves y sugerentes y de excavar en los recovecos del alma, contrastando lo digno y lo grotesco a fin de suscitar el humorismo, que en este caso es macabro porque surge de la actitud burda de un hombre que se dedica al negocio de aparatos funerarios. Como Lucho Bernal es el personaje de «Un Perdido», es este de «Las páginas de un pobre diablo», un tímido, a quien la vida derrota fácilmente porque nació hipersensible, propenso al análisis y a la melancolía, lo cual le impide transitar por los caminos del mundo enlodados por el plebeyismo y la mezquindad.

Este humorismo macabro de Eduardo Barrios al-

canza su expresión más lograda en su cuento «La Antipatía». Asistimos aquí a la repulsión recíproca de dos espíritus que no pudieron fundirse en la amistad, porque los distanció la antipatía, que se manifestó invencible aún en el dolor de la muerte. La antipatía, fuerza anímica que separa a los hombres, sirve para que Barrios bucee en lo hondo del ser y nos revele misterios de la psiquis. Ya no es el sentimental ni el escéptico el que nos habla de las pasiones humanas. Con risa devuelve ahora a la vida lo que ella le negó.

La lucha por la existencia ha desviado a Eduardo Barrios hacia preocupaciones muy distantes de las literarias, y ha enmudecido por largo tiempo. Esperamos que sus inquietudes artísticas permanezcan latentes, y algún día nos entregue una nueva obra maestra como las que le consagraron escritor egregio.